DISCURSOS

LEÍDOS ANTE LA

REAL ACADEMIA SEVILLANA

DE BUENAS LETRAS

EL 8 DE MAYO DE 1898

POR LOS SEÑORES

D. MANUEL FERNÁNDEZ LÓPEZ

Y

D. JOSÉ GESTOSO Y PÉREZ

EN LA RECEPCIÓN DEL PRIMERO

SEVILLA
ESCUELA TIPOGRÁFICA SALESIANA
1898

DISCURSO

DEL SEÑOR

D. MANUEL FERNÁNDEZ LÓPEZ

DISCURSOS

LEÍDOS ANTE LA

REAL ACADEMIA SEVILLANA

DE BUENAS LETRAS

EL 8 DE MAYO DE 1898

POR LOS SEÑORES

D. MANUEL FERNÁNDEZ LÓPEZ

Y

D. JOSÉ GESTOSO Y PÉREZ

EN LA RECEPCIÓN DEL PRIMERO

SEVILLA
ESCUELA TIPOGRÁFICA SALESIANA
1898

Señores Académicos:

Basar el presente discurso sobre algo relacionado con los modernos descubrimientos arqueológicos de Carmona, excluyendo todo otro tema por importante que fuese, hé aquí la idea fija que se apoderó de mi espíritu desde el momento en que tuve noticia de haber sido electo indivíduo de número de esta Real Academia Sevillana de Buenas Letras, verdadero Areópago de la cultura andaluza.

En un principio creí la empresa hacedera y sencilla, que nada anima como el deseo ni presta á las cosas tan rosado color; pero ante la inutilidad de mis esfuerzos para encontrar en los monumentos carmonenses detalle nuevo é interesante y que mereciera la pena de seros presentado, pronto perdí las ilusiones. La materia parecía agotada por completo. A donde quiera que dirigía la vista encontraba el campo yermo y esquilmado, que no en balde lo habían

recorrido antes que yo escritores de mérito indiscutible, con la agravante en mi contra de hacerlo tan bien que el rebusco resultaba imposible ó poco menos.

Aridez tal era que ni de encargo para quitar alientos al más animoso. Si no acabó con los míos debido fué á que siempre creí que acerca de los descubrimientos en cuestión no se ha dicho ni con mucho la última palabra. ¡Es tan frecuente que un asunto cualquiera parezca tratado en todas sus fases y á lo mejor resulte que la más importante quedó en la sombra! En el convencimiento, pues, de que escudriñando con tesón hallaría algo de lo olvidado por otros, busqué y busqué sin cesar; pero la verdad es que el anhelado motivo no surgía por ninguna parte.....

Aquella situación llegó á preocuparme seriamente y no una vez sola temí ser tachado de poco agradecido al inmerecido honor de que fuera objeto. No digáis que nó: las apariencias me condenaban; y, juzgando por ellas, bien ganado tenía el calificativo de ingrato. ¿Por ventura merece otro el que sin causa abonada y manifiesta aplaza indefinidamente el cumplimiento de un deber voluntariamente contraído?

Aburrido y cansado de tanta pesquisa inútil, á punto estaba de abandonar el empeño cuando una casualidad vino á sacarme de aquella especie de callejón sin salida. Ocurrió lo siguiente: Mr. Tys, ingeniero al servicio de la compañía internacional de aguas domiciliada en Bruselas, llegó á Carmona en 1895 para en unión de un su colega proceder al alumbramiento de las aguas potables necesarias al abastecimiento de la ciudad. Apenas instalado, trabó amistad con los propietarios de la necrópolis romana, por las in-

mediaciones de la cual pasaba diariamente y en la que entraba á menudo para charlar un rato de ciencias ó arte, de historia ó arqueología. Aquellas conferencias dieron el resultado que era de esperar. Mr. Tys, semi indiferente hasta entonces á las antigüedades romanas, sintió bien pronto entusiasmo grande por las mismas: se hizo lo que se llama un buen aficionado, pero aficionado práctico, de esos á quienes no satisface el estudio de la arqueología en libros y periódicos, sinó que aspiran á conocerla en sus intimidades, ó sea, desenterrando ellos mismos los monumentos, única manera de sorprender determinados secretos y experimentar las sorpresas agradabilísimas de que oyera hablar á sus nuevos amigos.

Imposibilitado por razones fáciles de comprender de hacer excavaciones en terrenos pertenecientes á la actual necrópolis, decidió practicarlas en los predios cercanos, previo el permiso de los dueños respectivos. No es mi propósito historiar aquellos trabajos: básteos saber que entre los monumentos funerarios descubiertos por Tys figura uno curiosísimo, sito en el llamado Campo Real, casi á orillas de la carretera, consistente en un bustum ordinario, cubierto con triclinio de mampostería revestida de cemento y cuyo canal de libaciones comunicaba directamente con un vaso de barro (cantharus), colocado en medio de las cenizas y en posición derecha.

La noticia del anterior hallazgo súpela por mi hermano D. Juan Fernández López, que al describir el monumento recuerdo lo hacía de la siguiente manera:

—Es un ejemplar que se aparta por completo del patrón común: entran en su composición el triclinio, pieza de lujo sólo encontrada hasta ahora

en las grandes tumbas de los ricos, patricios ó plebeyos, y el bustum, propio de las gentes de mediana posición social. Por lo inusitado de la combinación es un modelo digno de estudio; no lo olvides, por si quieres ocuparte algún día de los banquetes fúnebres en la Bética.

—Sí, que lo haré, me apresuré á decir, viendo en el tema que mi hermano apuntaba el cable salvador que había de llevarme á la suspirada orilla.

Y desde aquel momento comencé la cacería de los antecedentes necesarios para tratar de asunto tan interesante. Y fuí y vine, molestando á unos y á otros. Y cuando creí que los datos reunidos éranlo en cantidad suficiente, puse manos á la obra é hice este discurso, en el que, como tendréis ocasión de ver, sólo me ocupo del origen de esa fiesta mortuoria, dejando su historia completa para el libro que proyecto y que, Dios mediante, escribiré otro día. Aun para tan pobre cosa como la presente, muchos pasos dí y no poco trabajé, esta es la verdad; pero todo lo doy por bien empleado acordándome de las torturas sufridas mientras anduve á tientas y sin norte fijo.

Diréis, quizás, que buena gana tuve de pasar apuros, siendo así que pude evitarlos renunciando á buscar en determinada dirección, y acudiendo en demanda de asunto á la literatura ó á la poesía que nunca lo niegan á quien á sus puertas llama de buena voluntad, como de ello testifican los magistrales discursos que aquí se leen á diario. Razón tenéis que os sobra; pero debo advertir que si tal no hice debido fué á que no soy literato ni poeta; no soy más que aprendiz de arqueólogo, oficio por el que siento afición y entusiasmo extraordinarios y en el que

quiero y espero llegar á oficial, si es verdad que trabajando se aprende. ¿Comprendéis ahora el porqué de mi empeño en escribir de arqueología?

El motivo de preferir la arqueología carmonense á la de cualquier otro pueblo ó región también lo diré, que no me duelen prendas. Por que es la que mejor conozco y por que basta que sea hijo de Carmona para creerme en el deber de aprovechar toda ocasión que se presenta, máxime si es tan solemne como la en que estamos, para evocar el recuerdo de sus viejas glorias y hablar de sus monumentos, voceros elocuentes de pasadas grandezas. Después de todo, es el único obsequio que puedo ofrecer á esa patria querida, tan robusta en lo antiguo como anémica en la actualidad.

Voy á concluir este exordio ya demasiado largo; pero antes habréis de permitirme os haga presente que esta es la hora en que no he podido explicarme el por qué de mi estancia entre vosotros. Notorio es que para entrar en esta casa exígese como requisito indispensable la exhibición de la correspondiente ejecutoria de aptitud. Esa ejecutoria no la poseo; luego, mi admisión supone una concesión graciosa que nunca sabré agradecer bastante.

Alguna vez he pensado si mi entusiasmo y afición por las antiguallas habrán influido en vuestra determinación, porque necesitéis de alguien que en el terreno arqueológico, pongo por caso, os levante la caza, como suele decirse. No lo sé; aunque si ese fué el móvil ¡por Dios que no quedaréis chasqueados! Yo seré, en efecto, el que busque y acopie y traiga á vosotros los materiales necesarios para esa clase de estudios y aún quien los clasifique y ordene, si para esto último dáisme maestro que quiera dirigir-

me. Con un buen mentor, mis esfuerzos podrán reportaros alguna utilidad; sin él, mucho temo que resulten perdidos.

Sea como quiera, conste que reconozco y confieso haber sido objeto de una distinción que no merecía y para corresponder á la cual me pongo en absoluto á la disposición de la Academia. Después de todo, y por mucho que haga, estad seguros de que nunca pagaré la deuda contraida.

Teniendo en cuenta, señores Académicos, que la costumbre de honrar á los muertos, hija legítima de la creencia en una vida de ultra tumba, es tan vieja en el hombre como el hombre mismo, se puede asegurar, sin miedo á equivocarse, que para conocér la psicología de un pueblo cualquiera no hay archivo mejor que sus monumentos funerarios. Esta proposición, rigurosamente exacta, no necesita pruebas en su apoyo; pero si alguna precisara, danla cumplida los últimos descubrimientos arqueológicos de Carmona, demostrando con hechos materiales y tangibles, el argumento Aquiles de los tiempos modernos, que en la Bética como en el resto del mundo los muertos fueron siempre para los vivos objeto de respetuosa veneración, sentimiento exteriorizado en todas ocasiones mediante ritos y ceremonias más ó menos expresivos y solemnes según la categoría ó representación social de los unos y el nivel moral é intelectual de los otros.

Entre esas ceremonias hay una que desde luego llama la atención por la constancia con que persisten sus huellas á través del tiempo y el espacio: me refiero al banquete fúnebre, número obligado en las exequias de las personas de distinción, y acto en el que veo una fiesta de despedida muy parecida sinó igual á las que

hoy mismo se celebran en honor del que emprende un viaje largo y peligroso, y en las que amigos y compañeros del que parte hacen á éste manifestación ostensible de afecto y buena voluntad y comen y brindan con y por él, en testimonio de la pena que la separación les causa.

El origen de los banquetes fúnebres lo creo remotísimo, tanto que, por lo que á nuestra región se refiere, no vacilo en considerarlos como formando parte de la liturgia mortuoria de los turdetanos, entendiendo por tales los pobladores de la Bética anteriores á las primeras inmigraciones históricas, gente doctísima, con leyes escritas en verso de seis mil años de fecha, según decían y consigna Estrabón, de cultura moral digna de encomio y cuyas creencias religiosas lograron subsistir sin modificación sensible en lo fundamental hasta bien entrada la dominación romana (*).

(*) Hi omnium Hispanorum doctissimi judicantur, utunturque grammatica, et antiquitatis monumenta habent conscripta, ac poemata, et metris inclusas leges, a sex millibus (ut ajunt) annorum.—Strabonis, rerum geographicarum, lib. III, p. CXXXIX.

Los seis mil años de que habla Estrabón no hay que tomarlos como años solares, por que no lo eran. En sentir de Romey, sólo constaban de tres meses (Romey, Historia de España), cifra que ha de servir de tipo para el cómputo. Aceptando como buena esa manera de contar, claro es que las sesenta centurias del geógrafo griego quedan reducidas á quince, pero, asi y todo, la civilización turdetana resulta anterior en cuatrocientos años á la fundación de Cadiz por los marcantes de Tyro, acontecimiento con que empieza nuestra historia escrita.

Refiriéndose á la moralidad y buenas costumbres de la gente ibera y por tanto de la turdetana, hé aquí cómo se expresan algunos escritores antiguos: "La presidencia ó puesto de honor en los convites se daba siempre al más anciano y respetable del concurso.„ Estrabón, geografía, libro III, capitulo III. "Ninguno podía dar testimonio contra otro de más edad.„ Nicolás Damasceno, frag. histor. græc., tomo III. "El califica-

Si nó entre vosotros, cuyo respeto y tolerancia para con todas las opiniones son proverbiales, fuera de esta casa no ha de faltar algún tomasiano que dejando asomar á sus labios maliciosa sonrisa de incredulidad me pida las pruebas de la anterior afirmación. De acontecer tal, no seré yo el que se moleste por ello, antes al contrario, con verdadera satisfacción procuraré dar gusto al partidario del Apóstol é iré con él á los alrededores de Carmona, en donde no más le he de exigir que la comparación desapasionada entre los túmulos y sepulturas proto-históricos y los contemporáneos de fenicios y cartagineses, en la inteligencia de que, si ojos tiene que le sirvan para ver, habrá de confesar, mal que le pese, que las diferencias son insignificantes, reduciéndose en junto á que el contenido de los primeros es por completo de fabricación indígena, mientras que en los segundos suele encontrarse vasijería de barro ó de bronce trabajada al estilo oriental ó greco-púnico y algún que otro objeto de arte de procedencia líbica: en todo lo demás la similitud es perfecta. Inútil me parece insistir acerca del valor é importancia de este detalle. El solo basta, en efecto, para demostrar que á pesar de los novecientos años que orientales y africanos permanecieron en la Turdetania, el politeismo naturalista de que

do de vago ú ocioso, por carecer de industria ó medio de subsistencia conocidos y suficientes, estaba obligado á comparecer ante los jueces para exponer con qué recursos atendia á sus necesidades.„ Eliano histor. var., libro IV., capitulo V.
"Las mujeres debian exponer en público las telas tegidas por ellas durante el año, y un jurado de hombres, nombrado por elección, daba el puesto de preferencia á la que habia trabajado más y mejor.„ Nicolás Damasceno, frag. histor. græc.„ Los hombres eran duros y crueles con los malvados y los enemigos, y afables y hospitalarios con los extranjeros, á los que obsequiaban á porfia.„ Diodoro Siculo, bibliot, histor, libro V., capitulo LXIV,

fueron portadores no arraigó en la conciencia de los peninsulares que, fieles á sus viejas creencias y ritos, (*) siguieron enterrando sus muertos con iguales ceremonias y en la misma clase de monumentos que lo hicieron siempre.

Os llamará la atención de seguro que entre los monumentos funerarios á comparar no incluya los del periodo céltico, siendo así que abundan en las cercanías de Carmona y que se extrae de ellos joyas del uso exclusivo de la gente aria y magníficos ejemplares de cerámica fina, barnizada de negro y con ornamentación puntillada, rellena con pasta blanca. La omisión os extrañará tanto más cuanto que esos monumentos corresponden á las postrimerías de la dominación fenicia, tiempo en el que los bravos montañeses de allende el Betis cruzaron el río y lanzáronse á la conquista de la tierra baja, atraídos por las fabulosas riquezas de un país cuyo mejor elogio lo hace Estrabón al decir que Homero supuso en él los Campos Elíseos (**). Con la franqueza en mí acostumbrada

(*) Todo induce á creer que los turdetanos profesaron una religión monoteista de origen caldeo-egipcio, reconociendo la existencia de un Sér Supremo (¿el Sol?), al que adoraban en espíritu y sin imagen ó simulacro que lo materializara.

A esta creencia en un Dios único y verdadero, profesada por los iberos y otras gentes, se refieren las siguientes palabras de San Agustín: "Quicumque igitur philosophi de Deo summo et vero ista senserunt, quod et rerum creatorum sit effector et lumen cognoscendarum, et bonum agendarum; quod ab illo nobis sit et principium naturæ, et veritas doctrinæ, et felicitas vitæ; sive Platonici accommodatus nuncupentur, sive quodlibet aliud sectæ suæ nomen imponant; sive tantummodo Ionici generis, sive aliorum quoque gentium, qui sapientes vel philosophi habiti sunt, Atlantici, Libyci, Ægiptii...... Hispani, aliisque reperiuntur, qui hoc viderint et docuerint, eos omnes cæteris anteponimus, eosque nobis propinquiores fatemur." Divi Agustini, de Civitate Dei, lib VIII., cap. IX.

(**) Ibi piorum sedes et Campum Elysium finxit. Strabonis, rerum geographicarum, lib. III.

os diré que si los paso por alto la razón es por que estoy convencido de que la invasión de la Turdetania por los celtas ó céltici de Cuneus, que para el caso es igual, fué accidental y transitoria y de contínua lucha y movimiento, cualidades negativas para el objeto de modificar profundamente las prácticas funerarias de los naturales.

Ahora bien, para que la teogonía indígena lograra subsistir á través de fenicios y cartagineses, quedando incumplido el aforismo histórico según el cual al ponerse dos pueblos en contacto el más adelantado absorve y anula en todo orden de actividad al que lo está menos, preciso es reconocer que hubo de por medio poderosas razones. Puntualizar éstas se me antoja empresa no muy difícil para el que quiera darse el trabajo de estudiar con alguna detención el carácter de aquellos extranjeros, el móvil que los trajo á nuestras costas y las artes que emplearon para conseguirlo. Quien tal haga, pronto aprenderá que la dicha supervivencia y la de las prácticas funerarias relacionadas con ella efecto fué nó de su propia virtualidad sinó de la política astuta y eminentemente práctica desplegada por fenicios y cartagineses en sus relaciones con los turdetanos, política que consistió en dejarlos vivir á su antojo, respetando escrupulosamente sus leyes y costumbres, religión y aparente independencia, sin tratar de arrancarles su pristina inocencia y sencillez, única manera de tenerlos amigos y contentos y lograr dominarlos sin protestas ni ruidos (*).

(*) En la imposibilidad de hacer como quisiera un estudio minucioso del régimen colonial fenicio-cartaginés, por que ni la ocasión es oportuna ni para ello dispongo del tiempo y lugar necesarios, habré de contentarme con llamar la atención sobre la circunstancia por demás curiosa é interesante de que

Sé muy bien que la inclusión de los cartagineses en el número de los buenos colonos ha de parecer á muchos atrevimiento demasiado grande y criticada por ende, máxime cuando en crónicas é historias se dice de aquéllos que fueron conquistadores alevosos y crueles y que trataron á los naturales como á miserables parias, esquilmándoles la tierra, robándoles el oro y la plata de sus minas é imponiéndoles una religión llena de supersticiones y ritos á cual más inhumano y repugnante. A esto contestaré que creo pura leyenda la mayor parte de lo que se cuenta de ese pueblo, cuya historia

sea el pueblo inglés, el más oportunista y práctico de la vieja Europa, el que esté aplicando ese sistema de colonización en sus posesiones asiáticas.

Hé aquí lo que acerca del particular cuenta un francés que viaja por oriente: "Los ingleses de la India procuran intervenir lo menos posible en los asuntos de los indígenas. No aparecen ante ellos como duros conquistadores, pero tampoco en calidad de dominadores molestos ni de teóricos fastidiosos. Lo primero que han hecho al llegar ha sido rogar á todos que sigan viviendo como de costumbre.

Después de la invasión aria, griega, árabe y mogola ha venido la invasión británica. Pero ésta no intenta siquiera explotar á los indígenas, y el cobrador de contribuciones anglo indio no aspira á otra cosa que á continuar las tradiciones de los nababs y los visires del Gran Mogol.

Continúan los indios pagando los impuestos según las antiguas fórmulas, y es más, los ponen en mano de un tahsildar indígena para que no recaiga sobre la raza dominadora la odiosidad de la percepción. El sistema fiscal establecido por el gran Akbar, fundador del imperio mogol, es el mismo que tienen los ingleses, los cuales se alaban de haberlo suavizado. Las principales fuentes de ingreso son el impuesto territorial y el estanco de la sal; y una de las gabelas, que viene á ser lo que entre nosotros las contribuciones indirectas, lleva todavía el nombre de akbari, tomado del de su ilustre fundador.

El indio, una vez pagado el impuesto, no tiene más obligación que atender á las faenas agrícolas ó á cualesquiera otras que se le antojen, en el seno de la profunda paz de que goza, y para facilitarle su tarea buen cuidado tiene el Gobierno anglo indio de vigilarle y dividirle.

ha sido maliciosamente desfigurada, al menos en lo que se refiere á nosotros, y de cuyos hechos sabemos lo que á sus naturales enemigos, los escritores latinos, les convino contar. Hoy nó, en otra ocasión, cuando trate de las modificaciones introducidas por los cartagineses en el ceremonial de los banquetes fúnebres turdetanos, expondré los fundamentos de este mi juicio. Hasta entonces, suspended el vuestro.

Es posible que el apelativo *turdetanos* en el sentido con que aquí lo empleo no satisfaga á los especialistas en cierta clase de estudios, por que lo encuentren indeterminado y vago y que nada enseña respecto á extremos tan interesantes como la raza ó razas á que pertenecieron nuestros antepasados proto-históricos, fecha de su aparición en la Península y camino que hubieron de recorrer para llegar á ella, en el supuesto, se entiende, de que no ha existido el español autóctono. Por si tal ocurre, diré en

Hay en la Península razas arias y razas que no lo son; literaturas tamula, bengalí, mahraa, etc; el Gobierno alienta cuidadosamente la reconstitución de todas ellas. Se procura que las religiones musulmana, indostánica, tik y parsi tengan al frente personalidades bien determinadas. Los residentes procuran conservar bien despiertas las añejas rivalidades entre los Príncipes mahratas y radjaputanos.. . . . .

Para tenerlo todo en la mano y facilitar la obra de la dominación inglesa, ésta pone la mayor atención en conservar y consolidar en el suelo de la India la división en castas. Con el tiempo han ido éstas subdividiéndose infinitamente y me parece excusado decir que los ingleses no han incurrido en la torpeza de procurar evitarlo.

¿Qué recibe del gobierno el indio en pago de su trabajo y de su buen comportamiento? Cierto es que goza de las ventajas del progreso económico, canales, caminos y ferrocarriles, pero, aparte de esto, la raza imperial no le presta otro servicio que el de no cuidarse de él, es decir, dejarlo nacer, vivir y morir á su antojo, absteniéndose de imponerle inútiles progresos que, por haber pasado sin ellos siglos y siglos, le repugnarian. "Le Journal des Debats, París, Agosto de 1897."

mi descargo y para satisfacción y tranquilidad de los representantes de la nueva ciencia que al emplear esa denominación sólo quise dar un nombre á los pobladores de la Bética desde los tiempos más remotos hasta las postrimerías de la república romana, sin meterme á averiguar si su tronco ha de buscarse en las gentes de Canstadt, de Cro-magnon ó de Jurfooz, ó en la mezcla de algunas ó de todas ellas, ni si procedían del Asia, del Africa ó del norte de Europa, ni si entraron en España por las costas del sur ó por los Pirineos, antes ó después de la dispersión de las gentes en las llanuras de Sennaar, cuestiones todas importantísimas que dejo íntegras á los sabios que de ellas se ocupan, por si logran ponerse de acuerdo alguna vez y acabar la confusión que entre los mismos reina.

Y conste que el abandonar este punto á la competencia de los especialistas no significa que carezca de opinión acerca de él, pues siendo como es demasiado interesante y estando como está en relación estrechísima con los descubrimientos arqueológicos carmonenses, de los que surge puede decirse que en primer término, héme visto en la necesidad de prestarle atención y dedicarle algún tiempo, si bien no en la medida que hubiera deseado y fuera menester para conocerlo á fondo. Sin pretensiones, pues, de ninguna clase, que en ese terreno no soy quién para tenerlas, os diré que, en mi sentir, los primeros pobladores de la Bética fueron caldeos, salidos de su país á saber con qué motivo, y llegados á Iberia, ó por mar, que no es lo más probable, ó á pie, atravesando en su peregrinación el Asia menor y el oriente y norte de Africa. De ser este el itinerario recorrido, lógico parece suponer que los usos y costumbres de

aquellas gentes y aún sus ideas religiosas modificáranse en más ó en menos, dados el roce y contacto con otros pueblos que en tan largo camino debieron tener.

Esta suposición autorízala hasta cierto punto la antiquísima costumbre turdetana de inhumar los cadáveres en silo y bajo una gruesa capa de guijarros, costumbre tomada seguramente de los trogloditas de la Arabia ó de los naturales del alto Egipto, de los primeros de los cuales dice Estrabón que enterraban sus muertos sugetándoles la cabeza á las rodillas con ramas de paliuro y tirándoles piedras entre alegres risas hasta cubrirlos por completo, conseguido lo cual marchábanse, dejando un cuerno de cabra sobre la sepultura (*).

Por lo que hace al alto Egipto, enterramientos iguales á los descriptos por Estrabón han sido encontrados recientemente por el inglés W. M. Flinders Petrie y el francés J. de Morgan, el primero de los cuales ha hecho excavaciones en Ballas y Nagada, descubriendo más de 5.000 sepulturas cónicas, cuya descripción puede verse en la magnífica obra con profusión de grabados publicada por el autor há poco tiempo. (**) El parecido entre las sepulturas egipcias y los silos funerarios carmonenses es tal y tan grande, empezando por la posición acurrucada de los esqueletos, que es imposible sustraerse á la idea de que unos y otros son producto de las mismas gentes. Como era de es-

(*) Quidam Troglodytæ sepeliunt suos, paliurinis virgis mortui cervicem pedibus alligantes; tum mortuum illico lapidibus impetunt, læti ac ridentes, quosque obrutum corpus non amplius conspiciatur; deinde, imposito capræ cornu, abscedunt. Strabonis rerum geographicarum, lib. XVI. caput IV.

(**) NAQADA and BALLAS—by W. M. Flinders Petrie and J. E. QVIBELL—Bernard Quaritch—London, 1896.

perar y ocurre con frecuencia entre arqueólogos, los exploradores, de acuerdo en lo secundario, muéstranse disconformes en lo principal, ó sea, en la clasificación del pueblo á quien las dichas sepulturas pertenecen. Flinders asegura que se trata de una raza primitiva y africana que invadió y conquistó el alto Egipto, en donde dejó los huesos de los suyos; y de Morgan, en libro escrito expresamente para combatir la teoría anterior, sostiene que es la raza indígena y prehistórica, empujada hasta allí por las crecientes conquistas de los egipcios, oriundos de Caldea. (*) De parte de quién esté la razón, el tiempo lo dirá. Por lo pronto queda averiguado, y esto es lo que importa á mi objeto, que entre los monumentos funerarios del alto Egipto y los de Carmona no hay diferencias sensibles.

La comunidad de origen entre las sepulturas carmonenses y las de las costas del golfo arábigo créola evidente y bien demostrada, sin que nada arguya en contrario la falta en las primeras del cuerno de cabra de que habla el geógrafo griego. El tal apéndice, dado lo somero de su posición y su ligereza y pequeñez, ha podido desaparecer con el trascurso del tiempo, arrastrado por las aguas ó el movimiento de las tierras. Bueno es advertir también que sinó cuernos verdaderos pequeños objetos que por tales pudieran pasar han solido encontrarse en los enterramientos de Carmona. Me refiero á esas asas de forma y ajus-

(*) Hé aquí las mismas palabras del autor francés: "L'explorateur anglais attribue ces sepultures á des populations vivant à l'état sporadique pendant le période historique, au nord de Thébes. Je ne discuterai pas ici cette question; mon livre tout entier étant une refutation compléte de cette opinion.....— Recherches sur les origenes de l'Egypte—L'age de la pierre et les métaux—par J. de Morgan—Ernest Leroux, Paris, 1896.

te originales, descubiertas en el Acebuchal junto á un esqueleto enterrado en silo antiquísimo, asas pertenecientes á platos usados en vida por el difunto y sepultados con él, en unión de otras cosas de su propiedad, para las necesidades de ultra tumba. La presencia de platos con mangos en un silo funerario es indudable que responde á algo relacionado con la historia del individuo á quien el monumento pertenece. ¿Qué conmemoran? Difícil me parece averiguarlo, aunque si se tiene en cuenta que en la India los cuernos fueron siempre y son aún símbolo de autoridad, adornándose con ellos las tumbas de los santones más célebres, cabe en lo posible que los de Carmona sean reminiscencia de prácticas asiáticas, ya que no testifiquen el carácter sacerdotal ó religioso del personaje allí sepultado. Advierto que es una hipótesis la que aventuro; no lo olviden los críticos por si el caso llega de empuñar las disciplinas.

Los platos con asas no son la sola rareza de los silos funerarios carmonenses: de vez en cuando descubren otras más curiosas todavía y de origen exótico probable. Véase una muestra: en el sitio llamado las Cumbres, distante de Carmona catorce kilómetros, se encontró en 1886 una sepultura cónica, alojando un esqueleto en cuclillas con tres puntas de lanza de cobre sobre el cráneo en disposición triangular, ó sea, apoyadas dos de ellas en las articulaciones témporoparietales y la tercera en la parte media y superior del frontal.

Es innegable que esa originalísima colocación de las puntas de lanza responde á algo que se relaciona con el rango ó dignidad del sugeto á quien el monumento pertenece ó con algún hecho culminante de su vida, ya que no éntre

en la categoría del símbolo religioso. Lo que sea ó á lo que aluda, confieso que no lo sé, debiendo advertir que en otras sepulturas del mismo tiempo vistas en la dehesa de Yeguas, al norte de la ciudad, halláronse también puntas de lanza y de flecha, pero formando un haz ó manojo en el fondo de la fosa y al lado del esqueleto.

Más de una vez he preguntado á peritos en estudios prehistóricos sobre la significación de esas tres *potencias* (así llamaban á las moharras los descubridores de la sepultura, aludiendo á los grupos de espinas que suelen ponerse en la cabeza á las imágenes del Crucificado) y de ninguno obtuve explicación satisfactoria. Todos contestaban la interrogación encogiéndose de hombros ó haciendo un mohín de indiferencia, como dando á entender que el fenómeno carecía en absoluto de importancia. No lo veo yo así; por el contrario, creo que con esas puntas de lanza ha querido simbolizarse alguna circunstancia especial que concurría en el sugeto, perteneciera ó nó esa circunstancia al orden religioso. Tal vez otro día se aclare el misterio. Mientras ese día llega, ahí está el caso por si alguno le encuentra explicación.

Otra costumbre de los primitivos turdetanos, que mucho me equivoco ó es de procedencia asiática, consistía en acostar en una sepultura rectangular tres ó cuatro personas vivas y allí rematarlas, aplastándoles el cráneo con una piedra. Mi querido amigo, el ilustrado arqueólogo D. Jorge Bonsor, ha reconocido una de estas sepulturas y encontrado en ella varios esqueletos (no tengo presente en este momento el número exacto) de individuos muertos violentamente allí mismo. Y que lo fueron allí y

no en otra parte lo demuestra la actitud en que estaban las osamentas, todas las cuales conservaban la mano levantada á la altura de la cabeza, como para protegerla del golpe que la amenazara, el miembro inferior del lado correspondiente más ó menos doblado sobre el abdomen, el tronco algo encorvado y las mandíbulas encajadas, como expresión del miedo ó dolor sufridos.

Hablando de los turdetanos, cuenta Estrabón que los reos sentenciados á muerte eran ejecutados en grupo, despeñándolos de las rocas; y que á los patricidas conducíanlos fuera de la ciudad, matándolos con piedras bajo las cuales quedaban sepultados. (*). Ahora bien ¿los esqueletos hallados en Carmona son de simples criminales ó de patricidas? No creo lo primero, á menos que se admita que sobreviviendo los reos al despeñamiento, eran recogidos y conducidos moribundos á la fosa para darles allí el golpe de gracia, refinamiento de crueldad perfectamente inutil. Tampoco creo lo segundo, por que las piedras encontradas en la sepultura son muy pocas, una ó dos para cada ajusticiado, (en honor á la verdad debo decir que las piedras tienen tamaño bastante para acabar con el reo de un solo golpe;) y por que no es admisible que los condenados fueran llevados al suplicio sin amarrarlos de pies y manos á fin de evitar la huida ó la resistencia, medios á que habrían apelado seguramente de conservar la relativa libertad de movimientos que presupone la actitud en que los esqueletos aparecen. En mi opinión, dichas osamentas son las de las mujeres ó esclavos de algún ilustre caudillo enterrado

(*) Morti addictos conjectos de saxis præcipites agunt patricidas eductos extra fines (aut urbes) lapidibus obruunt. Strabonis, rerum geographicarum, lib. III., capit. III.

en las inmediaciones, á honor y en los funerales del cual fueron sacrificados para que le sirvieran y acompañaran en su nueva existencia (*).

D. Jorge Bonsor tiene acerca de este hallazgo una opinión muy original y curiosa, que de ser acertada, y es posible que lo sea, constituirá un dato de mucho valor para mejor conocer ciertas supersticiones turdetanas relacionadas con la idea de inmortalidad. Esa opinión permitidme os la calle. Que yo sepa, el autor no la ha publicado aún; y mientras él no lo haga estoy en la obligación de guardar el secreto.



Para dar á los banquetes fúnebres abolengo turdetano no he tenido necesidad de ir muy lejos á buscar las pruebas: hallélas en el centenar de monumentos funerarios (túmulos y sepulturas) descubiertos recientemente en Carmona y que bien merecen por su importancia me detenga algo en su descripción.

Son los túmulos eminencias conoideas situadas en los puntos más altos y visibles de la meseta rocosa que rodea y sirve de asiento á la ciudad. Están construídos con tierra y piedras y sus dimensiones actuales (todos han sido deformados por la acción de las aguas y el tiempo) varían entre metros 2—27 para la altura vertical y 5—100 para el diámetro inferior. En el

(*) Acerca de esta bárbara costumbre, hé aquí lo que dice una distinguida escritora: "No es raro, y si al contrario frecuente, encontrar el esqueleto de un gran gefe rodeado por los de varias mujeres, y á distancia respetuosa, otros esqueletos, evidentemente los de los esclavos, cuyas calaveras fracturadas no dejan duda de la horrenda costumbre de matar á las esposas y siervos para honrar á los muertos ilustres, y que los acompañasen en su estrecha morada subterránea. Sólo la creencia de la continuación de la vida después de la muerte puede haber inspirado estas prácticas. Zenaida A. Ragozin Historia de Caldea, capítulo 8.º

centro de la base ocultan una fosa (algunas veces es doble) que contiene restos humanos, incinerados ó nó, armas y útiles de trabajo de diferentes formas y materias, huesos de animales y vasijas de barro, enteras unas y partidas otras en menudos fragmentos (*). Que los túmulos fueron levantados á honor y gloria de personas notables confírmanlo, entre otros detalles, las muchas sepulturas ordinarias y humildes de que están sembrados los alrededores y en las que positivamente yace la gente llana, que quiso dormir el sueño eterno á la sombra de sus gefes y caudillos, con la esperanza de ser amparada en muerte por los mismos que lo fuera durante la vida.

Consisten las sepulturas en cortes hechos en la roca, tapados con piedras, de forma rectangular ó elíptica y cónica ó imperfectamente circular. En las primeras el esqueleto ó esqueletos aparecen tendidos horizontalmente y en las segundas acurrucados, con las piernas dobladas y la cabeza y codos cerca de las rodillas (**).

(*) Túmulos y sepulturas iguales ó muy parecidos á los de Carmona se han encontrado por casi todo el mundo antiguo y parte del moderno. Si guardo silencio respecto á ellos, no es porque los considere desprovistos de valor histórico-religioso, que lo tienen y grande, si nó porque mi propósito se reduce á tratar del origen y desenvolvimiento de ciertas prácticas funerarias dentro de la Bética y nada más

Los túmulos explorados hasta el presente en los alrededores de Carmona pasan de cincuenta. El mayor número está en los sitios llamados Judío, Acebuchal, Brenes, Necrópolis romana, Alcantarilla, Cuevas de la batida y Lagunillas. Quedan por reconocer muchos otros, y de los más importantes á juzgar por su aspecto exterior, en Gandúl, Alcaudete, Ranilla Entremalos y Vientos.

(**) Se han visto sepulturas rectangulares en el Acebuchal, la Cruz del negro, el Chorrillo y la Dehesa de Yeguas; y cónicas ó imperfectamente circulares bajo los cimientos de los muros que encuadraban el patio de los algibes en el alcázar de la puerta de Marchena, en el Acebuchal y las Cumbres.

Mezclados con la arena que maciza unas y otras (en el tercio superior de las cónicas hay siempre una buena cantidad de ceniza y carbones) encuéntrase, como en los túmulos, restos humanos, nunca incinerados, armas de piedra y metálicas, herramientas, joyas y otros objetos de adorno, dos ó tres ollas enteras, de barro, y alguna que otra vez vasijas rotas.

Los que conozcan la historia de los descubrimientos carmonenses extrañarán tal vez que, ocupándome de monumentos funerarios, pase en silencio esas grandes piedras cuadrilongas que tanto abundan en las inmediaciones de la ciudad y á las que no sé por qué llaman algunos menhires ó cahires, cuando en realidad son mesas destinadas al sacrificio de animales y nada más. Y que son esto y no otra cosa demuéstranlo los siguientes detalles: el canal ó ranura que dispuesto en plano inclinado corre á todo lo largo de la cara superior del monumento y que debió servir para recoger la sangre de las víctimas; la disposición en rampa del terreno de alrededor, con objeto de facilitar la subida de los animales hasta la cabecera ó parte

Las sepulturas cónicas descubiertas en el patio de los algibos lo fueron en 1885, durante las excavaciones practicadas en el Alcázar por la Sociedad Arqueológica de Carmona. Una de ellas contenía tres urnas esféricas, de barro muy fino y adornadas exteriormente con bandas rojas y blancas, estilo greco—púnico. Llenábanlas cenizas y restos de huesos incinerados, de entre los cuales no salió ni sortija, ni ungüentario, ni espejo, ni estilo, ni ninguno de esos objetos que siempre se encuentran en las de la época romana. En mi opinión, se trata de urnas cartaginesas enterradas en silos proto-históricos, ocupados con anterioridad por otros cadáveres que fueron sacados para colocar aquéllas.

Este descubrimiento no carecè de importancia para la historia de la ciudad, pues viene á confirmar lo que ya se decía sin dato fijo en que apoyarlo, esto es, que la acrópolis turdetana, la cartaginesa y la romana alzáronse en el mismo sitio.

más alta de la mesa; los huesos de grandes mamíferos de que está sembrado el suelo y que salen á luz apenas se cava la tierra á cierta profundidad; la hazuela de piedra de corte biselado y puntas romas que entre esos huesos suele encontrarse y que no otra cosa es sinó el instrumento que los sacrificadores utilizaban para disecar la piel sin romperla, operación que con herramienta igual, aunque de madera, se practica hoy en algunos pueblos del norte de España, el valle de Liévana, por ejemplo; y los poyos ó bancos groseramente tallados en la roca cercana, en los que seguramente tomaban asiento los gefes ó ancianos de la tribu, ya para imprimir mayor solemnidad al acto, si éste revestía carácter religioso, ya para velar por sus intereses, si era una simple operación industrial, ya, por último, para comer del animal ó animales sacrificados, si todo terminaba con un banquete, como parece lo más probable (*).

Las sepulturas cónicas son los llamados silos ibéricos, conocidos de todos los arqueólogos, silos que los hombres proto-históricos abrían para su mejor custodia en el suelo de la choza que les servía de habitación y en los que encerraban el producto de las cosechas. Si esas primitivas paneras han llegado hasta nosotros convertidas en lugares de enterramiento, débese á que cuando entre aquellas gentes ocurría el fallecimiento de uno ó varios individuos de la familia, ésta metía el cadáver ó cadáveres en el silo préviamente desalojado y se trasladaba á otra parte, no sin dar antes fuego á la

(*) Los turdetanos sentábanse para comer en sillones de piedra construidos en los muros. "Caenant sedentes, habentque ad parietes constructa in hunc usum sedilia. Strabonis, rerum geographicarum, cap. III.

choza para que las cenizas, al caer y amontonarse sobre la improvisada sepultura, protegieran el cuerpo de los ataques de las fieras. Ceremonias exactamente iguales practican en la actualidad algunas tribus del occidente de Africa, entre ellas las limítrofes á nuestra colonia de Fernando Póo. Los bubis, que son á los que me refiero, entierran sus muertos en el bosque, dejando cerca de la sepultura un poco de agua, otro poco de aguardiente y dos ó tres panes de ñame. Hecha la inhumación, queman las chozas ó viviendas, desalojadas de antemano, y la familia, ya que no la tribu entera, se muda á otra parte.

Los enterramientos en silo fueron anteriores en la Bética á la incineración tumular. Sobre esto no cabe discusión desde el momento en que aparece comprobado por testimonios de orden material, de esos ante los cuales la evidencia se impone. Hé aquí uno de tantos: próximo á Carmona, en el sitio nombrado el Acebuchal, ha sido abierto y reconocido por mi amigo, el infatigable arqueólogo D. Jorge Bonsor, un túmulo de incineración con la fosa excavada en la gruesa capa de tierra amontonada por los siglos sobre dos sepulturas cónicas, cuya preexistencia ignoraban de seguro los que levantaron el primer monumento.

La primacía en antigüedad no es la única particularidad que caracteriza á los silos funerarios. Alguna vez descubren otra tan rara y digna de atención como que, según mis noticias, no es conocida fuera de Carmona. Me refiero á esa serie de galerías subterráneas, especie de pasos ó vías que unen y enlazan entre sí las varias unidades de que consta un grupo. El ejemplar más curioso de esta variedad ha sido encontrado por mi

precitado amigo durante las excavaciones practicadas en el Acebuchal en 1895. Consta de tres silos vaciados en la roca y puestos en mútua comunicación por otros tantos túneles. De los tres silos, el más importante al parecer por conservar restos de construcción tumular, contenía un esqueleto en cuclillas, algunos platos enteros, grandes y profundos, endurecidos por el primitivo procedimiento de echar fuego en su interior, y con agujeros en los bordes para fijar pequeños cuernos que hacían las veces de asas. Revuelta con la tierra que cubría los huesos se encontró también gran cantidad de vasijas rotas, endurecidas como los platos al aire libre y como ellos trabajadas á mano.

En las sepulturas en silo los esqueletos están constantemente acurrucados ó en cuclillas, á diferencia de lo que sucede en las rectangulares, en las que siempre se les ve tendidos. La posición en cuclillas no era exclusiva de la Turdetania: dentro de la Península la emplearon también los bastitanos y fuera de ella los nasamones de Africa, los trogloditas de la Arabia y los caldeos de Babilonia. Por lo que hace á la Bastitania, cuentan los hermanos Siret que en las excavaciones practicadas por ellos á orillas del río Andarax hallaron muchos cadáveres en cuclillas, unos, los menos, enterrados en sepulturas verdaderas, y la mayoría en ánforas de barro cocido. Dichos señores explican la actitud forzada de los cuerpos en el segundo caso por la desproporción entre las dimensiones del continente y el contenido y la necesidad de ajustar el volumen del uno á la capacidad del otro (*).

(*) Les quatre cinquièmes de nos tombeaux étaient des urnes Presque toujours le corps y était replie, les genoux et les mains ramenés vers le menton. Nous ne pensons pas qu'il y ait un

La explicación que de la posición sentada de los cadáveres dan los hermanos Siret me parece acertada para los enterramientos en ánfora, pero la considero inadmisible para los en silo, en el que sobraba espacio para la colocación derecha de los cuerpos. Preciso será, pues, reconocer que la actitud en cuclillas obedece á algo más que á las exigencias de una simple ecuación física. A qué responda y qué simbolice se me figura difícil de averiguar; y antes que aventurar hipótesis que no habían de satisfaceros ni satisfacerme, acepto como buena la opinión de Herodoto, quien, hablando de los nasamones, dice que enterraban sus muertos con las rodillas cerca de la barba porque esa era la posición en que colocaban los enfermos antes de expirar (*), tal vez haciendo alusión á la postura del feto en el claustro materno.

He leído no sé en donde que la inhumación en ánfora, especie de ataud portátil, no es cosa que merezca llamar la atención, pues sólo representa el afán sentido por ciertos pueblos pastores y guerreros y de vida nómada y errante de llevar siempre consigo los manes de sus antepasados, ya porque quisieran librarlos de ultrajes y profanaciones, ya para impetrar de ellos protección y ayuda en los trances difíciles. ¿Es esto verdad? Entiendo que sí, como también lo es que el enterramiento en silo pertenece á los pueblos pacíficos, de vida sedentaria y residentes en comarcas feraces, en las que no había necesidad de despla-

rapprochement symbolique á faire entre la position originelle de l'enfant et celle du défunt dans le tombeau: il parait plus rationel de supposer qu'on adoptait cette position pour gagner de la place. Revue des Questions scientifiques, Bruxelles, 1888.

(*) Sepeliunt autem pastorales Afri defunctos ut Graeci, preter Nasamones, qui illos sedentes sepeliunt, observantes ut dum quis cœpit agere animam, eum sedentem constituant, ne supinus expiret. Herodoti Historiarum, lib. IV., cap. CXC.

zamientos ni peleas para buscar el alimento de hombres y ganados, requisito indispensable para que los vivos pudieran dedicarse tranquilamente al culto y cuidado de los muertos, sin miedo á irrupciones y acometidas extrañas. El empleo del ánfora ó del silo es, pues, un detalle accidental y secundario, en relación directa con el modo de ser de cada pueblo y la mayor ó menor facilidad con que proveía á sus necesidades materiales. Después de todo ¿qué es el ánfora sinó un silo pequeño? En cuanto á la idea final, ya es otra cosa: esa nunca varía, sean cualesquiera los hombres que practiquen el enterramiento y el procedimiento á que recurran. Con fórmulas diversas y por distintos caminos se les ve, en efecto, perseguir el mismo propósito de no separarse de los dichos manes, en los que creían tener algo así como una especie de genios, dispensadores de beneficios si propicios eran y acarreadores de infortunios si irritados estaban.

La presencia de armas, herramientas, joyas y vajilla rota con restos de manjares en túmulos y sepulturas puede interpretarla cada cual como mejor le plazca: para mí significa que aquellos hombres (no importa la antigüedad que quiera asignárseles) creían en una vida de ultra tumba, representándose la muerte como un viaje á tierras extrañas y desconocidas, en las que habían de encontrar los mismos enemigos é iguales necesidades materiales que por aquí dejaban. Las armas juzgábanlas precisas para defenderse de las fieras que les salieran al paso; las herramientas para labrar una choza en donde guarecerse; las joyas para predisponer en su favor á las nuevas gentes que iban á visitar, que no en vano se dijo siempre que los buenos arreos abren puertas y ganan corazones; y las ollas y platos para los alimentos necesarios durante el camino.

Ni que decir tiene que esta opinión, formulada sin cortapisa de tiempo ni espacio, no ha de agradar á los partidarios del trasformismo, para los que el homo sapiens de Linneo es el último término de una evolución zoológica y la conciencia humana la resultante de una serie de impresiones materiales, generadoras de ideas representativas de aquéllas, sin que en ningún momento de ese proceso fisio-psicológico haya sido precisa la intervención de agente alguno de orden superior. En cambio, será bien recibida por los que ven en el rey de la creación un ser ab initio inteligente y racional, portador de una conciencia iluminada por sobrenatural inspiración, conciencia que irá manifestándose á medida que se desarrollen las facultades que están á su servicio, y en el fondo de la cual destácanse siempre como ideas primas é inseparables la noción de la divinidad y la de una vida post terrena. Por suerte para mí milito entre los segundos y con su placet me doy por satisfecho.

Con ser interesante el simbolismo del menaje funerario estudiado hasta aquí, lo es mucho más, bajo el punto de vista de los banquetes fúnebres, el de la vajilla rota en menudos fragmentos que se encuentra en los túmulos. Dicha fragmentación, á la que concedo importancia grande, un ilustrado escritor sevillano la atribuye «á la acción de las aguas que, filtrándose hasta el interior de los túmulos, apresuraron la rotura de aquellas (las vasijas); y á la excesiva fragilidad de los vasos, debido á lo imperfecto de la cocción, que hizo el que no resistieran el peso de la tierra que sobre ellos se fué depositando con el trascurso del tiempo» (*).

(*) C. Cañal, Sevilla Prehistórica.

Esta teoría no me satisface por varias razones: porque no en todos los túmulos han podido penetrar las aguas, como sucede, por ejemplo, en el de la Alcantarilla, inaccesible á las filtraciones efecto de la capa de barro impermeable que lo revestía exteriormente (tengo para mí que todos estaban construídos de la misma manera); por que si bien en la vajilla funeraria abundan las piezas endurecidas al sol, tampoco escasean las cocidas al horno, recubiertas por fuera y dentro con una especie de betún-barniz aislador de la humedad, y tan duras, que apenas es posible rayarlas con la punta de un cuchillo, aún después de metidas en un baño durante muchos días; por que es inadmisible que las aguas favorecieran la rotura de los vasos en los túmulos y no en las sepulturas sencillas, más expuestas que aquéllos á ser inundadas; porque mal pudo aumentar por los arrastres la cantidad de tierra en cavidades tapadas desde un principio con piedras y lodo (nunca el dicho vulgar encajó tan bien como aquí) y macizadas por añadidura con arena fina; y por que una acción lenta y continua como tuvo que ser la ejercida por las aguas y la tierra nunca da lugar á tal multiplicidad de fracturas y abundancia tanta de pequeños fragmentos con bordes irregulares y dentellados, particularidades que exigen para su producción la intervención de un agente brusco y violento en su manera de obrar.

Por todo lo expuesto, y por que la vajilla rota aparece siempre entre la arena ó cenizas que cubren el cadáver y no en el fondo de la sepultura creo que la quebraron los mismos asistentes á los funerales, después de comer en ella del animal ó animales sacrificados para la ceremonia (*).

(*) Es posible que el sacrificio y descuartizamiento de las reses tuviera lugar en esas piedras cuadrilongas de que más

Procediendo así, rompiendo y desprendiéndose de aquellos objetos que más precisos les eran y que en mayor estima tenían, daban al muerto testimonio elocuente de su aprecio y consideración y garantía cumplida de que ningún otro sería obsequiado con los mismos vasos que habían servido para hacerlo con él. Creo también que esa comida en común verificábase al pie mismo de la fosa (*), mientras tenía lugar la inhumación ó cremación del cadáver, al són de los alegres cantos de la concurrencia (**) y acompañada ó nó de la danza macabra que en casos análogos bailan todavía algunos pueblos africanos. Resulta, pues, que el banquete fúnebre es de origen turdetano; que viene celebrándose en la Bética desde los tiempos proto-históricos; y que era obsequio ofrecido no más que á los jefes y caudillos, sin que pueda decirse si tenían derecho á él hombres y mujeres ó estaba reservado sólo á los primeros.

He concluído, señores Académicos. Antes, sin embargo, de dejar caer de la pluma el punto final quiero cumplir el deber, para mi agradabilísimo, de daros las gracias por la buena voluntad que habéis demostrado, prestándoos á escuchar la lectura de un discurso con el que he puesto á prueba vuestra paciencia. Y menos mal si todos

atrás hago mención, trasportando luego los trozos á las cercanías del túmulo para cocerlos ó asarlos en la misma hoguera que consumía el cadáver.

(*) Esta costumbre de celebrar el banquete fúnebre al pie de la fosa ó lo más cerca posible de las cenizas de aquel en honor de quien se daba no se perdió nunca en la Bética, antes al contrario, á medida que corrieron los tiempos fué arraigando y generalizándose más y más, hasta el extremo de que en los siglos primero y segundo del cristianismo no había familia medianamente acomodada que no la siguiera.

(**) Con estos cantos querían significar que la vida es para el hombre un valle de lágrimas, del cual la muerte se encarga de sacarlo.

los defectos que hallasteis en él redúcense á la falta de galas literarias. Lo peor será que tampoco el fondo os haya satisfecho porque lo encontréis incoloro, ó lo que es lo mismo, empedrado de lugares comunes y sin noticia que merezca llamar la atención. Modestia á un lado, no creo que tal suceda, pues por torpe que sea, y lo soy mucho, no lo soy tanto como para al estudiar los monumentos carmonenses hacer hincapié en los detalles insignificantes y dejar atrás los de verdadera importancia. Agregad á esto que en los casos difíciles ó dudosos me he asesorado de persona competente y muy práctica en esa clase de trabajos. Más fácil es que en la apreciación de algunos pormenores me haya equivocado y deducido de ellos consecuencias erróneas; pero ad summum esto acusará impericia analítica, nunca descuido en el apuntamiento material. Y ¡quién sabe! quizás tengáis razón y el fondo corra parejas con la forma... En la duda, una solución se me ocurre: que vengáis conmigo á los alrededores de Carmona, en donde diariamente son explorados sepulturas y túmulos nuevos. Una vez allí, si comprobáis que estuve acertado, grande satisfacción recibiré y dormiré tranquilo; si lo contrario resulta y lográis demostrar los errores en que incurrí, también os lo agradeceré, pues al fin y al cabo será una lección que bien aprovechada puede librarme de tropiezos futuros.

He dicho.

DISCURSO

DEL ILMO. SEÑOR

D. JOSÉ GESTOSO y PÉREZ

Señores Académicos:

Bien quisiera en esta ocasión cumplir dignamente con el encargo que á vuestra benevolencia debo: mucho me satisfaría corresponder á la honra que me dispensáis de llevar la voz de esta docta Corporación, en una solemnidad como la presente, y muy cumplidos quedarían mis deseos, si á lo menos, pudiera ser intérprete de la complacencia que experimentáis, al recibir entre vosotros al nuevo académico, que por propio derecho y por merecimientos própios, viene á ocupar un puesto entre tantos laureados campeones de la inteligencia y del saber.

Ciertamente se me alcanza que son justos mis recelos y temores de no llegar á satisfacer vuestros nobles propósitos; mas considerando de otra parte, que la deferencia que os hé merecido, és infinitamente mayor que el sacrificio de mi voluntad, y que solo me toca acatar vuestros acuerdos, pondré de mi parte cuanto me sea dado; y supla el buen deseo, á la reconocida insuficiencia.

Con el aplauso unánime de los amantes del saber, habeis otorgado al Señor Don Manuel Fernández López, una de las plazas vacantes en esta Academia, y cómo la tristeza y el placer caminan juntos por los derroteros de la vida, y los humanos sentimientos son juguete del destino que tanto se complace en herirnos con el afilado puñal del sufrimiento, como en despertar de lo íntimo de nuestras almas las quiméricas visiones de inefables venturas; así nosotros que ayer llorábamos á alguno de nuestros ilustres compañeros, hoy sentimos júbilo indecible al recibir al Sr. Fernández, que viene á ocupar uno de los escaños vacantes, para dar nuevas muestras que confirmen la justicia y el acierto con que habeis obrado al elegirlo.

Muy justo es Señores Académicos que se dispensen honras á los encanecidos en el trabajo, á los espíritus nobles y levantados que dedican su inteligente actividad al bien común de las artes por medio del progreso de las ciencias, y de las letras, á las cuales rinden el más ferviente culto. Justísimo és, que para aquellos en quienes las más de las veces se cumplen las gráficas frases del poeta:

Decid; por si un filósofo lo advierte,
Que disparates son de la fortuna
Hambre en la vida y mármol en la muerte.
. . . .

se entrelacen laureles que nunca se marchiten; para los que posponen las própias conveniencias al afan nobilísimo; ora, de reunir materiales que contribuyan al adelanto científico, ora, para los que todo lo sacrifican al estímulo generoso de procurar el provecho comun en los órdenes moral é intelectual, para los que, finalmente, guiados del afán de las investigaciones; trabajan sin des-

canso por esclarecer é ilustrar el desenvolvimiento de los estudios literarios é históricos, descubriendo nuevas fuentes é inagotables veneros de provechosas enseñanzas.

En las filas de los hombres laboriosos, tiempo há que ocupa señalado puesto el Sr. Fernández López, que ha compartido los años de su vida en el estudio y profesión de la medicina, cuyo título de doctor alcanzó, como premio á una brillante carrera; y en la labor penosa de las investigaciones históricas, ciencia que há cultivado, sirviéndole de ameno solaz, en las treguas que sus ocupaciones profesionales le han permitido.

Su *Historia de la Ciudad de Carmona,* bastaría para darlo á conocer, y para apreciar las relevantes cualidades que lo distinguen, como pensador y como erudito. Persuadido de que la Historia verdadera no es el relato más ó menos fantástico de hechos, ni la acumulación de legendarias narraciones, sino que por el contrario, convencidísimo de que los unos y las otras reconocieron sus causas y produjeron sus efectos para deducir de ellos saludables enseñanzas, y penetrado en tal virtud, de que la fantasía debe ceder su puesto á la reflexión, y esta ha de fundamentarse en la prueba documental; dedicó años enteros al exámen de los archivos públicos y particulares de la ciudad carmonense, y una vez poseedor de los datos todos que pudo haber, redactó su obra, en la cual resplandecen sus amorosos desvelos, su atinada crítica, su constancia y su erudición.

El feliz hallazgo del tesoro numismático visigodo que tuvo efecto en la Hacienda de la Capilla, término de Carmona dióle motivo á escribir otro importante libro de todos conocido.

Las circunstancias que concurrierron en la in-

vención del referido tesoro, ocasionaron que sin la eficacísima diligencia del Sr. Fernández López sin el empeño singular que demostró reuniendo cuantos datos pudo haber en los primeros momentos del hallazgo; los hombres estudiosos no podrían conocer hoy toda su excepcional importancia, pues las monedas pasaron á tantas manos distintas, que se haría al presente imposible su estudio. Nuestro erudito compañero, sin más interés que el de la ciencia, pudo preveer el perjuício que se seguiría en plazo no distante, como así ha acaecido; y aprovechando la oportunidad, hizo un detenido estudio de todas las variantes de la colección, penoso trabajo que será siempre consultado por arqueólogos y numísmatas, á los cuales ha prestado un relevante servicio.

La eminente figura del más legendario de nuestros monarcas, el desventurado hijo de Alfonso XI, há sido objeto de otra publicación del Sr. Fernández López, que lleva por título, *Carmona y Pedro I de Castilla, ó sea un dato más para su vindicación;* estudio en el cual pónense de manifiesto las relevantes prendas que lo adornan como concienzudo y severo historiador; ajeno á censurables apasionamientos, los cuales en vez de contribuir á la ilustración de lo hechos, extravían, confunden y desfiguran los conceptos de la verdad y de la justicia.

En la série de estos estudios históricos, debemos de citar también, uno muy erudito; el intitulado. «*La renta de cal y de barro: primero y principal de los privilegios que en el orden económico gozaban los Alcázares de Carmona.*» Escrito muy interesante, nutrido de erudición, fruto de penosas investigaciones, efectuadas en los archivos públicos y particulares.

Finalmente; mencionaremos entre las obras

publicadas, la que trata de *La Hermandad del Santísimo: estatutos de una cofradía fundada en Carmona en 1350 bajo el patrocinio del Rey D. Pedro:* y en los cuales se demuestra el espíritu de democracia cristiana de la clase menestral carmonense.

Suficiente sería para juzgar de la meritísima é infatigable labor de nuestro compañero, la enumeración de las obras mencionadas; pero aún podemos citar varios Discursos sobre las antigüedades de Carmona, ya de las proto-históricas locales, ya de fundaciones de casas religiosas y cuestiones heráldicas; ocupando en estos momentos su pluma en escribir la biografía de D. Cándido María Trigueros, ilustre compañero nuestro que fué, en la cual han de darse á conocer varias composiciones inéditas de dicho académico; y también há de ver la luz pública en breve plazo, la *Historia del batallón creado por la Junta de Carmona, y de los servicios prestados por aquella ciudad, á la causa nacional, durante la guerra de la Independencia.*

Decid ahora Señores académicos, si expuestos estos honrosos antecedentes, que no hemos sido los primeros en reconocer, pues antes que nosotros túvolos muy en cuenta la Real Academia de la Historia que lo ha distinguido con el título de su Correspondiente; decidme, repito, si no he tenido razón al consignar que el Señor Fernández López viene á formar parte de esta Corporación por derecho propio; y al calificar de acertada y justa la elección que de él habéis hecho, puesto que con las obras citadas, háse dado á conocer ventajosamente entre los arqueólogos españoles. Empero si espíritus exigentes pretendieran mayor suma de méritos; puede sobradamente ostentar uno, que someto

á vuestra ilustrada consideración. Todos sabéis, de qué manera tan eficaz ha contribuído, y cuanta parte le corresponde en los descubrimientos y exploraciones de la Necrópolis romana enclavada al Oeste de aquella ciudad, á la derecha del camino que conduce á Sevilla: labor meritísima, que sólo el intentarla demuestra la noble aspiración y alteza de miras que informan los actos de nuestro compañero. Tan loable empresa; acometida especialmente por su señor hermano D. Juan, y por un ilustre hispanófilo, cuyo nombre me complazco en consignar; el Sr. D. Jorge Bonsor, ha producido notables resultados para la arqueología patria, pues merced á penosas investigaciones, ofrécense al presente para estudio de los doctos, más de 400 monumentos sepulcrales de los llamados *bustum, ustrinum;* mausoleos y tumbas familiares, y además tres curiosísimos *columbarios-triclinios;* todos los cuales han aportado valiosas enseñanzas para los eruditos.

Además de las pinturas murales que adornan las tumbas familiares; interesantísimas por más de un concepto, se han extraído de los sepulcros infinitos objetos de cerámica, vitraria metalistería é iboraria; fragmentos esculturales, monumentos epigráficos, curiosos ejemplares de esfragística y numismática, todos los cuales, salvados del olvido y de la destrucción, constituyen al presente el rico museo arqueológico con que se honra la Patria; y particularmente, la ciudad de Carmona.

Mas permitidme ahora Señores académicos, que llegado este momento, interrumpa, siquiera sea brevemente, el relato de los méritos que enaltecen á nuestro compañero, para dedicar algunas frases al desenvolvimiento alcanzado

por los estudios históricos en la segunda mitad del presente siglo, merced á la admirable perseverancia, á la ímproba labor y al decidido entusiasmo de los exploradores de antigüedades, cuyos esfuerzos coronados por el éxito, han venido á rasgar el denso velo que ocultaba los orígenes y progresos de civilizaciones portentosas, las cuales yacían sepultadas en el más profundo olvido.

Gracias á la abnegación y al amor entrañable que despertara el estudio de la antigüedad en los Champollion, Botta, Layard, Rawllinson Schillieman, Dieulafoy Mariette, Maspero y tantos otros; han aparecido, cual si surgiesen evocados por mágico conjuro, pueblos y ciudades de remotísimo abolengo, cuyo florecimiento intelectual nos asombra. Merced á tales hombres, han despertado para la Historia, del sueño eterno de sus escondidas tumbas, dinastías enteras de aquellos faraones y monarcas poderosos, que construían con falanges de titanes los maravillosos templos de Karnak, Denderah, Ypsanbul, Nínive, Kuyudnjik y Khorsabad, los cuales nos legaron en sus monumentos irrecusables testimonios de las deslumbrantes civilizaciones de Egipto, de Asiria y de Persia; y hasta el misterio que envolvía los orígenes del arte helénico en aquellas fabulosas edades inmortalizadas por la grandiosa lira de Homero, se há disipado como las nieblas matinales al contacto de un sol esplendoroso y los descubrimientos de Troya, de Tera, de Micenas de Tirinto y de Atenas, han ofrecido á nuestros ojos los orígenes de aquel antiguo arte; que rudo y sencillo en sus albores, apegado á los modelos orientales, fué desenvolviéndose gradualmente, hasta llegado el momento histórico, que hoy denominamos clásico, en el cual, rotas

las arcáicas trabas, vuela y se remonta á las regiones infinitas de lo ideal, por el genio sublime y sobrehumano de los Fidias y Praxiteles, de los Alcamenes, Scopas y Policletos. Los geroglíficos hieráticos de los templos é hipogeos que durante siglos fueron considerados como impenetrables arcanos, los cilindros y epígrafes conmemorativos, y hasta las tablillas de barro, en que atesoró los conocimientos asirios en su biblioteca de Khorsabad, el poderoso Assurbanipal, con sus ilegibles caracteres cuneiformes; los fragmentos arrancados de los templos de Selinunte, de Mileto de Delos y de Olimpia; los antiguos é inmóviles *xoanon*, las arcáicas y despedazadas estelas funerarias, los ex-votos y figurillas de ignorados coroplastas, los preciosos objetos suntuarios, obras de habilísimos toréuticos, todo en fin, cuanto hasta nuestros días era desconocido ó permanecía oculto bajo el manto secular de la tierra que amontonaran los siglos, púsose de manifiesto y obtuvo explicación científica. Los misterios y los arcanos de las antiguas teogonías, que esclavizaron el arte con sus cánones hieráticos, convirtiéronse por sobrenatural poder en elocuentes testimonios de cultura: y se descifraron los geroglíficos, y hablaron las enigmáticas esfinges, y los colosos faraónicos, y las momias conservadas en los sepulcros de granito, y se leyeron los cilindros cuneiformes, y se fijó el proceso de los órdenes arquitectónicos, y se averiguó la relación de sus partes con el conjunto, secreto principal de su belleza; y se clasificaron las obras nacidas en los albores de la estatuaria, enlazándolas con las producidas en los subsiguientes periodos, y nos fué revelada la perfección pictórica por el estudio de los bellísimos vasos; y se descubrieron los mitos religiosos y heróicos,

las ceremonias, las costumbres, las páginas históricas, el carácter, en fin, de aquellos pueblos; y el basalto y el granito, y el barro y el bronce y los mármoles de Paros del Himeto y del Pentélico, palpitaron con el aliento creador del arte, revelándonos en el cincel de Fidias, la idealización de lo real, en el de Policleto la fuerza en su majestuosa plenitud, en su más noble grandiosidad, en el de Scopas la delicadeza y la elegancia; y el genio helénico recobró todo su maravilloso esplendor, renaciendo á la vida, con las múltiples y sobrenaturales cualidades que adornaron á los artistas que han inmortalizado las escuelas de Esparta, Sicione, Argos, Corinto, Egina y Atenas; y al contemplar los maravillosos cuadros que surgían del polvo de las ruinas, y al ver pasar ante los ojos aquellas civilizaciones sorprendentes, los hombres estudiosos de todas partes, los artistas, los historiadores, los arqueólogos, batieron palmas de frenético entusiasmo, y la ciencia escribió con letras de oro las conquistas de la arqueología en el siglo XIX. ¡Qué espectáculo tan admirable, señores académicos, y qué gloria para los hombres por cuyos nobles esfuerzos se han alcanzado tan gigantescos triunfos para la cultura universal!

Así se comprende facilmente que la ciencia arqueológica haya nacido y alcanzado gran florecimiento en un corto periodo de años. No há mucho que ni en los Diccionarios se encontraba la palabra que la designa, y cuando más, llamábanse anticuarios á los que se complacían en reunir objetos antiguos por curiosidad, sin presumir siquiera las aplicaciones científicas que de ellos podrían obtenerse, sin relacionarlos con la historia, excepción hecha de la numismática y de la epigrafía que eran las dos ramas á que preferen-

temente se inclinaban. Para ellos, como dice un ilustre escritor contemporáneo, los monumentos eran *viejos* y desconocían el valor que hoy tiene la palabra *antiguo*, por lo tanto, pueden ser considerados como arqueológos inconscientes, los humanistas de los siglos XVI, XVII y XVIII.

Cuando el Renacimiento italiano se estendió por Europa, y cuando por su sobrenatural influjo cayeron en olvido las místicas, serenas é inefables creaciones del arte cristiano, que durante tres siglos habíase complacido en levantar templos maravillosos, de los cuales puede decirse que cada una de sus piedras, y cada una de sus agujas y cada uno de sus arbotantes y de sus atrevidas arcadas, eran las estrofas de un gigantesco himno elevado al Altísimo por el férvido entusiasmo de millones de creyentes; cuando los antiguos mitos de la Roma de los Césares despertaron nuevamente, y el mundo culto vió reaparecer con ellos, las provocativas imágenes de los dioses paganos, con las alegres y licenciosas turbas de bacantes y sátiros, de amores y geniecillos; cuando los cantos de Juvenal, de Virgilio y de Lucrecio, vibraron nuevamente en los oídos de todos, falaces y seductores como los de traidoras sirenas; cuando los históricos relatos de Tácito y de Plutarco y las arengas de Cicerón, y las narraciones de César, y las dulces endechas de Tibulo, y la sencillez de Teócrito cautivaban las inteligencias, y cuando, finalmente, los idiomas de Demóstenes y de Pericles resonaban con toda su soberana majestad en las academias y en las áulas, y las ciencias, las artes y las letras de la antigüedad pagana, renacían con nuevos esplendores, entonces; cómo consecuencia de la prodigiosa transformación que esperimentaban los pueblos todos, y cómo resultado del culto que se rendía á las memo-

rias latinas y helénicas, despertóse el interés por el conocimiento de la antigüedad, y los humanistas y los literatos buscaron especialmente, y con decidido empeño, medallas monedas é inscripciones, á las cuales interrogaban, para averiguar y esclarecer la grandiosa historia de aquellas esplendentes civilizaciones.

No fué en verdad nuestra patria indiferente al nuevo derrotero de las ideas; y cuando los primeros fulgores del Renacimiento se esparcieron por la Península, vemos ya á dos monarcas españoles, á Carlos el Noble de Navarra y á Alfonso V de Aragón, el magnánimo, complaciéndose en reunir monumentos de la antigüedad, y más tarde, á Rodrigo Sánchez de Arévalo, el cual por mandado de Enrique IV, escribía bajo los derruídos pórticos y arcadas de las colosales ruinas de la Ciudad Eterna, un Tratado sobre las antigüedades de España y acaso tal vez, la obra nombrada *Antiquíssimus,* que se publicó en 1477; recopilación epigráfica comprensiva de numerosas inscripciones latinas, recogidas con singular diligencia. En el siglo XVI una falange de eruditos y de doctos humanistas continuan por los mismos derroteros; y Ambrosio de Morales, y Zurita, y Antonio Agustini y Florián de Ocampo, y Covarrubias, con otros más de fácil enumeración, afánanse por desenterrar los recuerdos clásicos; y analizan, comparan, clasifican é ilustran con sabios comentarios, los textos históricos, las inscripciones y las medallas que desenterraban de ruinas venerandas.

Esta afición tan entusiasta, trajo consigo el deseo de coleccionar antiguos objetos; y muchos ilustres humanistas y doctos escritores pueden contarse en España, que consiguieron reunir valiosos gabinetes de antigüedades y magníficas

bibliotecas, donde atesoraban libros, manuscritos é impresos de inapreciable valor. Para honra de nuestra ciudad no debemos en este momento pasar en silencio los nombres de ilustres coleccionistas y bibliófícos sevillanos de los siglos XVI y XVII que contribuyeron con sus esfuerzos y diligencia á la cultura patria. Cuéntanse entre ellos á Don Fernando Colón, al Marques de Tarifa D. Fadrique Enriquez de Rivera; Gutierre de Cetina, el pintor Pacheco, el Veinticuatro Arguijo, el genealogista Argote de Molina, el cual además de reunir como los anteriores, cuadros, medallas inscripciones y piedras grabadas, coleccionó diferencias de armas, al decir de Nicolás Monardes y de Pacheco; atesorando tal número de preciosidades, que mereció la altísima honra de que el mismo Felipe II visitase su casa en 1570. Los Doctores Juan de Torres, Luciano de Negrón y Lúcas Cortés poseyéronlas también, y casi puede asegurarse; que cuantos se complacieron en el estudio de las artes y de las humanidades, cuantos cultivaron la poesía y bellas letras, mostraron loable empeño en salvar de la pérdida ó de la destrucción las memorias de lo pasado.

Empero todos aquellos anticuarios, ¿qué concepto tenían de la arqueología, como á este propósito pregunta un docto escritor contemporáneo? La arqueología contesta el mismo; «entonces solo era ciencia de nombre: los humanistas investigaban sin más auxiliares que los conocimientos filológicos y las noticias de los autores clásicos, pero el resultado de sus investigaciones redundaba en beneficio de la historia y no en el de los mismos monumentos y objetos, cuya edad exacta no sabían ni pretendían fijar. Además, de que confundían lo griego con lo romano, de que desconocían lo etrusco, de que no apreciaban di-

versas épocas en el proceso de los estilos, de que no sabían ver de un modo positivo, los caracteres intrínsecos de los monumentos y objetos, no daban aprecio á estos monumentos y objetos, más que como documentos históricos, tal como entonces se entendía la Historia. De aquí la razón, de que solo la Epigrafía, la Numismática y el estudio de los autores clásicos, constituyeran la esfera de acción de los humanistas.

Abusaría yo ciertamente de la indulgencia conque me escucháis, si intentara bosquejar la historia del desenvolvimiento de la ciencia arqueológica, desde la segunda mitad del siglo XVIII hasta las postrimerías del presente en que nos hallamos; las causas que á él han contribuído, los medios puestos en práctica, por hombres tan ilustrados, como generosos, de todos los países, entre los cuales y por lo que hace á nuestra patria, ocupa un puesto eminente el ilustre Monarca Carlos III; y fuera manifiesta injusticia y señalada ingratitud, pasar en silencio los servicios prestados por esta Real Academia á la cultura patria, y muy especialmente á las ciencias histórica y arqueológica durante la segunda mitad del pasado siglo; en los primeros años de su vida, y como consecuencia de los nuevos derroteros de las ideas y del afán con que los hombres doctos emulaban en las investigaciones arqueológicas. Entonces comenzaban á salir de entre las cenizas del Vesubio las maravillas artísticas de Herculano, y el monarca español no perdonaba medios para difundir el conocimiento de la antigüedad clásica, ordenando, entre otros, la impresión de una obra monumental digna de su cultura y de su magnificencia, la más grandiosa publicada hasta entonces, verdadero testimonio de gloria para nuestra patria.

Al dedicar esta Real Corporación las primicias

de sus trabajos al ilustre Carlos III, comprendidas en el tom. 1.º de sus Memorias, cuidose mucho de ofrecer á su protector un presente que le fuera grato y que demostrase la participación que sus miembros tomaban en el movimiento histórico-arqueológico que á la sazón preocupaba á los doctos. En confirmación de estos deseos, y aún cuando constan en el prólogo del volumen mencionado los fines que se propusieron nuestros fundadores enderezados á la ilustración y gloria de la Nación en comun, ó de la patria en particular, nótese que las materias que el citado tomo comprende, son puramente históricas y arqueológicas y que el prologuista habla de Disertaciones, Memorias, estudios y copias y dibujos de inscripciones, monedas y otros asuntos ó temas, en los cuales había de ocupar la Academia su principal atención. No trataron por cierto nuestros antecesores de disimular las amorosas preferencias que sentían por aquellas dos ramas del humano saber, pues si nos fijamos en el índice general de los Discursos y Disertaciones; notaremos mayor abundancia en los temas históricos y arqueológicos, entre los cuales, como antes dijimos, hízose la elección para completar el referido tomo 1.º de las Memorias. Consecuencia de este espíritu, fué la colección que reunió la Academia de objetos de la antigüedad romana, que las vicisitudes porque ha pasado esta Corporación han hecho desaparecer, y los Catálogos de sus individuos, entre los cuales, vemos figurar los nombres de los más doctos anticuarios sevillanos, que á la vez rendían culto á la literatura y á la poesía, siguiendo las tradiciones de los humanistas del siglo XVII; hasta que deslindados los campos, y fijado el verdadero concepto de la ciencia arqueológica y reconocida la estensión de los límites de las distintas ramas que la constituyen,

cada una de las cuales es bastante de por sí para ocupar en su estudio á muchas privilegiadas inteligencias; háse producido la natural y justa separación entre literatos y arqueólogos, al reconocerse por todos la importancia de la nueva ciencia. ¡Pluguiera al cielo, Señores, que los tristes acontecimientos políticos que nos abruman cesasen en plazo no remoto y es seguro que nuestra patria disfrutando de los beneficios de la paz interior y exterior, produciría á no dudarlo, decididos campeones, entusiastas obreros, infatigables exploradores, que formando en las filas de las falanjes científicas, conquistaran, seguramente, para nuestra patria, el concepto que por sus gloriosas tradiciones merece ocupar en el concierto de los grandes pueblos! Para conseguirlo ni carecemos de energías ni de ideales, que bastan tan poderosos estímulos para descubrir y conquistar mundos, y para realizar altas empresas, de aquellas, cuya memoria ha conservado y conservará la fama eternamente.

HE DICHO.


PROVINCIAL Y UNIVE
SEVI LA

